

verdad contra las tinieblas, de la civilización contra el retroceso, y á permitir que al amparo de semejante tregua aguce el Clero—sus armas, organice sus columnas de ataque é infunda en las masas con predicaciones y pasquines, el virus terriblemente contagioso de la sedición y del descontento.

Se conspira, se sugestiona al pueblo en nombre de la Cruz, se le azuza en contra nuestras instituciones, se le enseña á odiar á nuestros mártires y á nuestros héroes, y con el aguijón del fanatismo se le punza para que se yerga contra los hombres leales que quieren libertarle de la tutela del fraile.

Y á sabiendas de todo esto, á despecho de las reclamaciones de la prensa honrada, y aunque se vean circular con profusión hojas sueltas en que el Clero con todo descaro prepara una nueva y gran Cruzada, la cruzada de los guadalupanos, de los beatos y de los tartufos, contra los amigos de la libertad, los guardianes de las instituciones y los defensores de la honra nacional; á pesar de que se vé la sotana alternar marcialmente con los entorchados del militar y la cascaca del ministro; ni el Supremo Gobierno sacudé su indolencia, ni las autoridades locales dejan de celebrar consejo con curas y hermanos de la Vela, ni los ciudadanos tampoco en su arranque de dignidad arrebatan á sus familias del fango en que el Clero quiere hundirlas y muchas veces las hunde.

Pero hay algo más sensible. Como si este espíritu de conciliación fuese una epidemia, una plaga social que por todas partes cunde, á las cimas del poder asciende y baja á la cabaña del infeliz; el pueblo mismo se siente devorado por esa fiebre de complacencia para con el mal y no reconoce límites, ni medida, ni dique en esa inclinación maldita.

Así lo vemos entonar himnos de alabanza en honor del caudillo que traicionó á la democracia, y llamar héroe á quien hizo la paz para provecho propio y más opípara alimentación de los parásitos del presupuesto; y señalar como candidato apetecible para la Presidencia de la República á un hombre que estará muy bueno para educar reclutas á cintarazos y hacer perder la vergüenza á sus subordinados, pero que no tiene un átomo de demócrata; ni la más leve tintura de estadista, ni conoce el respeto á la ley, ni tiene á la Magna Constitución de 57 en más aprecio que el acicate que clava

hoy en los ijares de su caballo y hundir mañana en las entrañas del pueblo.

La política de las complacencias no es la política que salva á los pueblos; el sistema de gobierno que esgrime la crueldad contra el ciudadano digno, que bárbaramente sacrifica á quien hace respetar sus derechos, que sólo da empleos á quienes tienen por virtud la horrible cualidad de la obediencia ciega; ese sistema es el sistema de lo inmoral, de lo desastroso y de lo infame.

Estamos en pleno período de conciliación y de paz; pero de conciliación con lo asqueroso y de paz para lo inicuo.

Estamos en paz con el Clero, aunque conspira y prostituya; en paz con el extranjero, aunque nos humille y nos explote; en paz con la inmoralidad administrativa, aunque deshonne al país y conculque el derecho.

Estamos en paz con el seductor de doncellas, con el ladrón de honras, con el sacerdote que roba herencias, con el que embrutece entendimientos, con el que lanza el grito de rebelión y con el que se yergue insolente ante las instituciones para arrojarles salivazos y mancharlas con la baba de su odio.

Conciliación sí; pero no entre los derechos legítimos, no entre las exigencias racionales; no la conciliación que quería Juárez:—"el respeto al derecho ajeno es la paz"—no—La conciliación forjada á golpe de yunque, entre el derecho y el atentado, entre la ley y la conspiración, entre la virtud de la democracia y la asquerosa podredumbre del sátiro; entre las Leyes de Reforma que quieren que solo haya un poder civil, pronto á reprimir los abusos é inspirado siempre en los principios de justicia, y la desenfrenada audacia de un clero que pide impunidad para sus raptos, para sus adulterios, para sus éxtasis eróticos, para sus aventuras de fauno, y también para sus fáciles y brillantes conquistas de fortunas enteras, de fabulosas riquezas arrebatadas al candor de un fanático ó también muchas veces, á la miseria de las clases desheredadas.

Libertad para lucrar con el centavo de la viuda, con el centavo del menesteroso con la cuota que se paga por nacer, por rezar, por casarse, por morir. Libertad para falsificar y prostituir la religión de amor que predicó el Crucificado.

El Clero pide esa libertad y la libertad de preparar un cacacismo para el poder civil, y el poder civil en nombre de la conciliación se la concede.

Necesitamos que rezasca el espíritu de